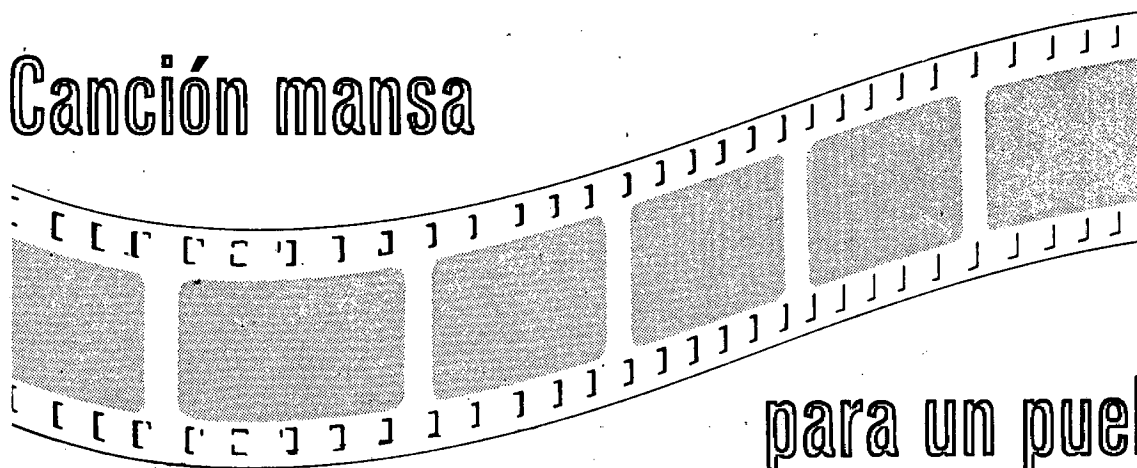


ARMANDO ROJAS

Canción mansa



para un pueblo bravo

El primer mérito de esta película es el de ser un buen ejemplo más de que el cine venezolano tiene un abundante material temático al que recurrir, de que el tópico de la guerrilla y sus consecuencias no es el único aprovechable por el cineasta, ni mucho menos el único capaz de motivar al espectador.

O quizá sería mejor decir que ese gran tema que es la Violencia ofrece todo un cálidoscopio de ángulos, desde los cuales es posible examinarlo de maneras diversas. Porque si fuéramos a buscar el "leit motiv", el "ritornello" de esa serie de filmes que constituyen ya un "boom" cinematográfico venezolano; acaso tendríamos que decir que es éste, precisamente, el de la Violencia. Sólo que lo que las otras películas tocaban tangencialmente, o bajo la forma de una alusión a la lucha armada que sacudió al país en la pasada década; este filme lo nombra de modo directo: aquí, es el ser mismo del país el que se nos revela violento.

Se ha señalado el parentesco con *Soy un delincuente*. La diferencia estribaría en que en aquella se trataba de una violencia absolutamente desenmascarada, primitiva, directa, descontrolada. Aquí la violencia no es principalmente física sino moral: el desconocimiento, la burla, la explotación. En aquella se trataría de la violencia incubada en un barrio de ranchitos. En ésta, de la violencia de la ciudad contra el hombre del interior, y se ubicaría en la pequeña burguesía que busca por todos los medios eludir la estrechez de sus condicionamientos y no caer en la cultura de la miseria.

El recurso artístico utilizado para colocarnos frente al tema pertenece a una estirpe clásica. Es el mismo que utilizaban nuestros costumbristas del siglo XIX cuando querían satirizar los hábitos de Caracas: el del provinciano que llega a la capital, con toda su candidez

y su pureza, para estrellarse inmediatamente contra una burla impenetrable y agresiva. Y como sabemos que, para mal nuestro, "Venezuela es Caracas", ésta última queda convertida en símbolo de todo el país. Y así como Gilberto, el muchacho de Moruy, Estado Falcón, llega a Caracas con una esperanza que paulatinamente se metamorfosea en frustración y luego en odio, el pueblo venezolano está recorrido medularmente por una violencia que lo desnaturaliza. Hay poco lugar, en nuestro pueblo, para la inocencia y la fraternidad; las relaciones sociales llevan el cáncer de la inhumanidad avanzando por dentro. Aunque a veces, allí, en el mismo seno de la miseria, o allí, en pleno sitio del hampa común, aparezcan invencibles, como flores barranco, la camaradería, la amistad y hasta la prodigalidad. El "bravo" pueblo del Himno Nacional está crucificando entre la pendejada y la arrechera, y entre esas dos latitudes una gigantesca tensión cotidiana lo mina y lo carcome.

Los logros del filme son evidentes, ya que es capaz de despertar tales reflexiones. Las opciones de Gilberto, desempleado primero y subempleado después, se van recortando hasta quedar sólo expedita y abierta la vía del odio; el camino entonces es entrar en el círculo vicioso, inacabable, de la agresividad. Es lo que ocurre ante el clamoroso contraste entre el protagonista y Caracas.

Peró en los costumbristas el contraste tenía un matiz jocoso, y la risa provocada por las situaciones en las que se colocaba al personaje hacía disimular y al fin digerir fácilmente el veneno de la crítica que contenían. Aquí, en esta cinta, toda comicidad ha sido disuelta, y la mitad de sonrisa que nos brota ante ciertas peripecias de Gilberto, se nos enfría rápidamente en la boca. Porque tales peripecias no son —quieren ser, pero de hecho no son— tragicómicas: hay un drama en estado puro





FICHA TECNICA

Director: Giancarlo Carrer
Actores: Orlando Urdaneta
 Lourdes León
 Tito Aponte
 Manuel Poblete
Guión: Javier Guzmán
 Giancarlo Carrer
 Sauro Scavolini
Música: Alí Agüero
Distribuidora: M. D. F.
Estreno: Caracas,
 14 de Agosto de 1976



manando a chorros de ellas. Con lo cual, como es lógico, se hace más difícil la digestión asimilativa del mensaje. Porque si bien a lo cómico le pedimos naturalmente poco, a lo trágico sí le exigimos una sólida construcción dramática para dejarnos conmovir plenamente. Y este filme adolece, según creo, dentro de la sencillez de su hilo argumental, de ciertas fallas de construcción que disminuyen la efectividad del asunto. Lo digo a sabiendas de que es, a pesar de todo, una buena película, y de que nos colocamos en un plano decididamente exigente.

En primer lugar, convece sólo a medias el esquematismo bipolar del guión: desconfiamos instintivamente de los personajes excesivamente "buenos" enfrentados a mundos excesivamente "malos". El dibujo resulta entonces demasiado fácil y la moraleja acecha allí nomás, a la vuelta de la esquina. Gilberto, el muchacho de Moruy que un día llega a Caracas para hablar con "el señor Eulogio" en busca de trabajo, me resulta, a veces, demasiado angelizado, o, por mejor decir, demasiado arquetípico. Sin haber pasado suficientemente por el sí-es-no-es del claroscuro existencial.

En segundo lugar, la misma sencillez del guión tiene la contrapartida de descalificar la tipología presentada. Quiero decir que los "tipos" también sólo a medias están logrados; a veces por acudir al subterfugio fácil, como en el caso del cura dormilón que apostrofa a Freddy, indignado, por el robo ante la estatua del santo; a veces, por la misma rapidez del trazo, como en el caso del extraño asesino de Yolanda, la prostituta. El retrato más logrado, por convincente, es precisamente el de Freddy, el "vivo" que no sólo no trabaja, sino para quien el trabajo representa un rebajarse y no entra den-

tro del campo de sus posibilidades; que ya se vende al homosexual como roba automóviles, y que en plena inmoralidad conoce sin embargo la amistad y la generosidad. Es nuestro "pícaro", de raíz hispánica, que transformándose, sin cambiar de alma, desde la Conquista hasta nuestros días, pulula hoy en una Venezuela harta de dinero fácil, de riqueza no verdaderamente producida ni compartida. Freddy resulta el personaje más verosímil del filme: pero no sólo en el sentido de un realismo artístico, sino en el mismo nivel de la vida venezolana de-todos-los-días. También el retrato de Yolanda está lleno de verdadera vida.

Por último, habría que señalar la gratuidad de ciertas secuencias. No es por pacatería que me permito señalar que las escenas eróticas de la playa, dentro de su belleza plástica, se salen bastante del marco temático de la cinta, es decir, no les veo razón-de-ser en el balance global del filme. Está perfectamente claro que el sexo es una de las realidades más evidentes en el conjunto de la violencia venezolana: en ese sentido las otras escenas eróticas de la cinta hallan justificación plena. No obstante, la larga secuencia de la playa parece más una simple concesión, un mero juego gratuito, que no entronca bien en el resto.

A nivel de actuación, Orlando Urdaneta nos ofrece un buen papel, a pesar de que hay cierta artificialidad en su mansedumbre, cierto aire de "pose", como si se moviera incómodo dentro del rol que desempeña. El resto de actores y actrices, muchos de ellos desconocidos hasta ahora, salvo uno que otro gesto claramente más memorizado que espontáneo, salva bastante bien el escollo de la persecución, a veces muy minuciosa, de la cámara.